

de 1480. No fué sin embargo su vocacion tan completa, que no rompiese despues diversas veces la clausura, trocando el toseo sayal por las vestiduras reales, y firmando hasta el fin de sus dias enfáticamente «Yo la Reina.»

Poco despues, la muerte de D. Alfonso, ocurrida en Cintra, el mes de Agosto de 1481, acabó de quitar hasta la mas remota esperanza de locas aspiraciones, á los partidarios de Doña Juana; y como algun tiempo antes (Enero de 1479,) hubiere bajado tambien al sepulcro el Rey D. Juan II de Aragon, viéronse los jóvenes monarcas D. Fernando y Doña Isabel en tranquila posesion de dos vastas y poderosas monarquias, que unidas y encaminadas á grandes fines por la voluntad acorde de los régios esposos, habian de realizar en la historia una mision providencial, cerrando el dificil periodo de la edad media, para lanzar la edad moderna en los estensos horizontes de lo porvenir.

IV.

Pacificado el reino, y contando con el poderoso auxilio de los aragoneses, la incansable Princesa despues de haber restablecido el orden en la administracion pública por medio de oportunas leyes, de que habremos tambien de ocuparnos mas adelante, convirtió sus miradas á la parte meridional de España, donde todavia, y como precisa consecuencia de las estériles guerras en que malgastaron sus fuerzas los cristianos, ondeaba el pendon de la media luna. El reino de Granada, donde se habian refugiado los restos de todas las razas sectarias de Mahoma, que habian venido á España, aunque de poco estenso territorio, era todavia poderoso y respetable, mucho mas contando con los refuerzos que en momentos supremos pudieran enviarle de las fronteras costas africanas. Ceñia la corona de aquel último y

preciado baluarte de los infieles, el célebre Muley-Abul-Hacen, príncipe esforzado y animoso, amigo de la guerra, fanático musulman, y que antes de llegar al trono habia alcanzado triste celebridad entre los cristianos, por sus repetidas algaras, sin respeto á paces ni concertadas treguas. Desde el año 1466 empuñaba el cetro por muerte de su padre el prudente Aben-Ismael, aliado mas que enemigo de Enrique IV, hasta el punto de que durante el reinado de ambos príncipes, vivieron en casi perfecta union sarracenos y cristianos, como si se hubieran olvidado por completo de sus odios de raza y de creencia.

Bien quisiera Muley-Hazen, desde el momento de subir al trono entrar en abierta lucha con los castellanos; pero el ejemplo de las disensiones y disturbios de estos habia cundido al Reino granadino promoviendo peligrosas y frecuentes escisiones el ambicioso alcaide de Málaga, hasta el punto de que, léjos de declarar la guerra Muley á los cristianos, tuviese que pedir próroga de las treguas con Castilla. Recibida la peticion del granadino por los Reyes, que á la sazón se hallaban en Sevilla, contestaron que mandarian un enviado á Granada con las condiciones de aquella próroga; y en efecto pasados pocos dias llegaba á las puertas del alcázar, con lucido aunque corto acompañamiento el Comendador de Santiago D. Juan de Vera, el cual introducido en la sala de embajadores de la Alhambra delante de Muley, manifestó que no podia prorogarse la tregua, sino se pagaba á los Reyes de Castilla el tributo de dinero y cautivos, que venian acostumbrados á dar los anteriores emires.—Irritado el musulman con tal propuesta; «*id y decid á vuestros soberanos*, contestó, *que ya murieron los reyes de Granada, que pagaban tributo á los cristianos, y que en Granada no se labra ya oro sino alfanges y hierros de lanza contra nuestros enemigos* ¹. Tan altiva respuesta, por mas que estimulase los deseos de romper la tregua que alimentaban Doña Isabel y D. Fernando, tuvo

¹ Condo.—Dominacion de los árabes en España.—Bernaldez.

que quedar por entonces sin correctivo, á causa de la guerra de Portugal, que absorbía todos los recursos de Castilla, contentándose con exclamar D. Fernando mas de una vez, «yo arrancaré sus granos á esta Granada, uno á uno.» Pero, cuando terminada aquella campaña, sosegado el Reino de Castilla, y enlazadas ambas coronas pudo la prudente Doña Isabel, volver sus ojos con mirada de conquista al codiciado reino granadino, solo pensó en conducir á sus guerreros á las fértiles vegas de aquellas comarcas y en humillar de una vez para siempre, en nuestro suelo el estandarte del Profeta.

No se hizo esperar mucho tiempo el anhelado instante de comenzar la campaña. Rompiendo imprudentemente la tregua el Rey moro, sorprendiendo en noche aciaga y tormentosa la fortaleza de Zahara, degollando sin piedad á sus valientes defensores y llevando entre cadenas á Granada los ancianos, los niños y las mugeres, en medio de soldados y victimas de los mas duros tratamientos, dió motivo á que rompiesen las hostilidades los reyes Católicos, respondiendo á aquella cruel é inmotivada sorpresa con el asalto de Alhama, llave del reino granadino: en vano el viejo Hazen, ardiendo en sed de venganza corre al frente de un poderoso ejército para rescatar la ciudad perdida de manos de Rodrigo Ponce de Leon marqués de Cádiz que la defendía; el generoso duque de Medina Sidonia enemigo declarado de los Ponces de Leon, admirando el heroico esfuerzo con que D. Rodrigo rechaza una y otra vez las acometidas del mahometano, parte á la cabeza de sus guerreros para socorrer á su antiguo enemigo, y su sola presencia al llegar al valle de Alhama pone en vergonzosa fuga al enfurecido Muley. El marqués de Cádiz recibe en sus brazos, conmovido por la emocion mas pura, al que fué su enemigo y es ahora su libertador, y aquella reconciliacion fruto de la feraz semilla sembrada con próspera y discreta mano entre los magnates de su reino por Doña Isabel, fué el anuncio de la épica victoria que tras de multiplicadas hazañas, habian de conseguir, unidos, y sin mas rivalidad que la de la noble emulacion de la gloria, guerreros y magnates, enemigos poco tiempo hacia, amigos entonces destinados á derribar

bajo la doble enseña de Aragon y Castilla el imperio de los Alhamaes.

El descrédito que habia arrancado la corona de las sienes de tantos reyes granadinos, no consentia entretanto á Muley hallar reposo, en el opulento alcázar de sus mayores. Buscaban los descontentos bandera para la rebelion y halláronla muy luego en las mismas gradas del trono: Boabdil, hijo de Hazen, sostenido por una de las mas poderosas tribus granadinas, é instigado por la celosa y vengativa Aixa *la Horra*, no vacila en levantar la parricida diestra contra el conquistador de Zahara; y agitada la muchedumbre entre ambas parcialidades, empeñanse cada dia sangrientos combates en las calles de aquella gran metrópoli, cundiendo por todos los ángulos de la ciudad la desolacion y la muerte. La fortuna inclina á la postre la balanza al lado del rebelde y desnaturalizado Boabdil; y aquella diadema, ceñida un tiempo por Muley con gloria del nombre mahometano, caia en el cieno de las civiles discordias entre los alaridos de un populacho desenfrenado, viéndose forzado Hazen á abandonar la ciudad y comenzando á realizarse en tal manera la prediccion fatidica del alfaqui, cuya voz habia llenado de terror á los granadinos, tras el triunfo de Zahara ¹.

Tan importantes acontecimientos para el mas rápido y completo éxito de la guerra de Granada, debieronse en gran parte á no dudarle á la Reina Doña Isabel. Al tenerse noticia por el valeroso capitán D. Diego de Merlo del heroismo con que unos pocos soldados habian defendido la ciudad de Alhama, de un nuevo ataque de Muley, y que este habia decidido pregonar la guerra santa y llamar á todos los musulmanes del reino, no descansando hasta recobrar á Alhama, costárale lo que quisiera, reunido el Consejo por el Rey y consultado acerca de si podia ó no sostenerse una ciudad enclavada en territorio ene-

¹ Ante el triste espectáculo de que hizo Muley Hazen alarde, arrastrando á Granada á los infelices cautivos de Zahara, un venerable santón de larga barba blanca empezó á recorrer las calles de aquella opulenta ciudad repitiendo con lúgubre acento «¡Ay, ay de Granada! Las ruinas de Zahara caerán sobre nuestras cabezas; plegue á Alá que yo mienta, pero el ánimo me dá que el fin del imperio musulman en España es ya llegado!»

migo y expuesta á tan continuas acometidas, fueron muchos de parecer que no era posible conservar su posesion sin graves riesgos y sin inmensos gastos, y que seria mas conveniente reducirla completamente á escombros y abandonarla. No se inclinó sin embargo á los que tan ligeramente juzgaron, el parecer de la Reina. Opúsose esta enérgicamente á tal dictámen, pues harto comprendia su previsora inteligencia la grande importancia de conservar la ciudad de Alhama en poder de sus guerreros, como punto de apoyo para las operaciones de la campaña, y como constante pretexto para mantener vivas las rivalidades entre los mahometanos, que siendo una precisa consecuencia de su carácter y del origen de aquel pueblo, que aunque dominador y victorioso nunca podia olvidar la vida de la tribu, habia de convertirse en poderoso auxiliar para el definitivo triunfo de la cruz sobre los infieles. Llena de entusiasmo la ilustre princesa, hizo presente á sus capitanes que seria mengua y deshonor abandonar una plaza que representaba el primer triunfo de aquella santa guerra; y produciendo como siempre sus palabras un efecto mágico entre sus guerreros, ni uno solo contradijo á la valerosa Reina. Animados por el deseo de alcanzar nuevos triunfos, el cardenal de España, los duques de Villahermosa, de Medinaceli, de Alburquerque y del Infantado, los condes de Cabra, de Treviño, de Ureña, de Cifuentes, y de Belalcazar, los marqueses de Cádiz y de Villena, el Condestable de Castilla, los maestros de Calatrava y de Santiago, el comendador de Leon y otros muchos caballeros se apresuraron á reunir una hueste de ocho mil caballos y diez mil peones, que con el Rey D. Fernando á la cabeza llegó sin obstáculo á Alhama; surtiéronse los almacenes; repartiéronse premios entre los mas valientes defensores; convirtiéronse las tres principales mezquitas en iglesias cristianas; bendijolas el ilustre cardenal Mendoza y las dotó de vasos y ornamentos sagrados; la piadosa Reina ofrecia bordar con sus propias manos los que habian de servir para el templo de la Encarnacion, el primero que en su reinado se consagró al culto católico, ganado á los enemigos de la fé; el Rey dió las gracias por su heroica conducta á D. Diego de Merlo y

sus capitanes; se relevó la guarnicion, reforzándola con mil ballesteros y cuatrocientas lanzas de las hermandades; y no queriendo el Rey dejar aquella tierra sin hacer un alarde que hiriese el orgullo musulman, salió con su hueste á correr la Vega de Granada, destruyendo sembrados y molinos, apresando ganados, y proporcionando con esto nuevas provisiones á los de Alhama, hecho lo cual se volvió con el ejército á Córdoba ¹.

Atendiendo á todo con su acostumbrada actividad, despachaba entretanto la reina desde Córdoba cartas y provisiones entusiastas y apremiantes á todas las ciudades y caballeros de Castilla y Leon, Galicia, Vizcaya y Estremadura, para que acudiesen á proseguir la comenzada guerra; y como tuviera noticia de que en Africa se disponian los súbditos del rey de Marruecos á pasar á nuestras costas para defender á sus hermanos en creencias, mandó armar una escuadra que encomendó á almirantes valerosos y de probada pericia, los cuales cruzando constantemente el Estrecho impidiesen todo desembarco y comunicacion con la costa de Berberia.

El desgraciado éxito de la toma de Loja, en cuyo terrible combate peligró repetidas veces la vida de D. Fernando, causó gran sentimiento á la reina, que tuvo sin embargo bastante energia para no demostrarlo en público, y para hacer que fuesen en auxilio de los defensores de Alhama los guerreros andaluces, poniendo en fuga á una legion sarracena, que suponiendo acobardada la guarnicion con la derrota de Loja habia acudido de nuevo á reconquistar aquella importante plaza.

Con esto, la previsora Doña Isabel conoció que era necesario estender á mas anchos horizontes aquella colosal empresa, preparándola de tal modo que su éxito fuera seguro. Para conseguirlo, volvió con su esposo á Castilla, dejando las fronteras de Andalucía encomendadas al celo de capitanes experimentados y valientes, reunió cortes en Madrid, en las cuales ya satisfaciendo con benevolencia y cordura las peticiones de sus pueblos, ya administrando justicia á los que invoca-

¹ Lafuente, historia de España citando á los escritores de aquella época.